

MIL MONEDAS DE ORO.

Marcos Rodríguez López.

Hace mucho, mucho tiempo, en un reino lejano, vivía un rey muy rico con sus tres hijos, uno de veinticuatro años, otro de diecinueve y el último, de 14. Los dos mayores eran soberbios y egoístas. En cambio, el pequeño era humilde y ayudaba cuanto podía a los más pobres. Tenía que soportar las peleas de sus hermanos, que siempre discutían por dinero. Vivían en el palacio de un reino que, según parecía, estaba dividido en dos partes: una de los más ricos y la otra, de los más pobres. No había igualdad. Por supuesto, el rey era de los ricos, y no estaba dispuesto a soltar su gran fortuna.

Hubo unos días en los que el rey estuvo pensando lo siguiente:

"Soy muy rico, tengo muchísimo dinero, toneladas de las más valiosas piedras preciosas, pero no quiero que se desvanezca manteniendo a todo el reino. Bueno, como mi legado terminará pronto, les enseñaré a mis hijos a desprenderse del dinero. ¡Ajá! Se me ha ocurrido una buena idea..."

Un día, el rey les comunicó a sus hijos:

- Me debo ir de casa tres días por un asunto importante. Dejaré aquí un caldero que contiene mil monedas de oro. Si alguno de vosotros coge aunque sea una sola moneda, ese o esos alguien serán... ¡Ahorcados!
Desde luego, era una idea brillante.

Cuando se marchó, los hermanos mayores hablaron entre ellos.

- ¡Quiero esas monedas! - dijo el mediano. - ¿Cómo las podemos conseguir?
- Mmm... - pensó el mayor. - Tal vez podríamos coger quinientas monedas cada uno y esconderlas en dos baúles que tiene nuestro hermano en su habitación, sobes, ¿esas que tiene a ambos lados de la cama?
- Sí, me parece bien, pero ¿cuándo las cogemos?
- La noche anterior al día que venga papá, para no levantar sospechas de los sirvientes.
- Vale, eso haremos.

Llegó la noche esperada, y los hermanos hicieron lo que habían planeado. Cuando el rey regresó a palacio, gritó:

- ¡El que se haya atrevido a desobedecerme, que confiese ahora mismo! Nadie abrió la boca, y entonces el rey registró las habitaciones muy enojado. ¡Le habían traicionado sus propios hijos!

Cuando se dirigió a la habitación de su hijo pequeño y descubrió las monedas en los baúles salió de la habitación como un rayo y fue al salón, donde estaban todos reunidos. Estaban impacientes por conocer quién era el ladrón. Hasta que la espera terminó... El rey entró en la sala y dijo:

- ¡Llévao! ¡Llévao!

Unos guardias cogieron al hijo pequeño de los brazos y se lo llevaron mientras él sollozaba:

- ¡No he sido yo! ¡Es mentira!

Lo llevaron a una colina para ahorcarlo. Quedaban cinco minutos para ejecutarlo cuando sus hermanos se arrepintieron y confesaron. Su padre les dijo:

- Ya decía yo... No ahorcaré a ninguno. Habéis aprendido la lección. Ahora tiraremos las monedas al pueblo para que las cojan.

Todos aprendieron la lección. El dinero no es tan importante.

Marcos Rodríguez López 6ºB
CEIP Obispo Blanco Nájera